

MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIA: EL CATECISMO MENOR DE WESTMINSTER

Ponente: Jonathan Mattull

LECCIÓN 47:
MEDIOS DE GRACIA: LA PALABRA DE DIOS
Preguntas 89 y 90



Confiando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas son de la versión Reina Valera Revisión de 1960

Visita nuestra página web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Jonathan Mattull es ministro del evangelio en la Iglesia Presbiteriana Sovereign Grace, en St. Louis, Missouri, una congregación de la Iglesia Libre de Escocia (Continuada), Presbiterio de los Estados Unidos de América.

stlpresbyterian.org

EL CATECISMO MENOR

Rev. Jonathan Mattull

1. El fin principal del hombre - Pregunta 1
2. La Palabra de Dios y su enseñanza - Preguntas 2 y 3
3. Qué es Dios - Pregunta 4
4. Un solo Dios en tres personas - Preguntas 5 y 6
5. Los decretos de Dios - Preguntas 7 y 8
6. La obra de creación de Dios - Pregunta 9
7. La creación del hombre por Dios - Pregunta 10
8. Las obras de la providencia de Dios - Pregunta 11
9. La providencia especial de Dios hacia el hombre - Pregunta 12
10. La caída del hombre - Preguntas 13 y 15
11. Qué es el pecado - Pregunta 14
12. Los efectos de la caída en toda la humanidad - Preguntas 16 y 17
13. La pecaminosidad y miseria del estado caído del hombre - Preguntas 18 y 19
14. El pacto de gracia - Pregunta 20
15. Jesucristo, el Redentor de los elegidos de Dios - Pregunta 21
16. La encarnación - Pregunta 22
17. El oficio profético de Cristo - Preguntas 23 y 24
18. El oficio sacerdotal de Cristo - Pregunta 25
19. El oficio real de Cristo - Pregunta 26
20. La humillación de Cristo - Pregunta 27
21. La exaltación de Cristo - Pregunta 28
22. La aplicación de la redención - Preguntas 29 y 30
23. El llamamiento eficaz - Preguntas 31 y 32
24. La justificación - Pregunta 33
25. La adopción - Pregunta 34
26. La santificación - Pregunta 35
27. Las bendiciones de la salvación en esta vida - Pregunta 36
28. Las bendiciones de la salvación en la muerte - Pregunta 37
29. Bendiciones de la salvación en la resurrección - Pregunta 38
30. El deber requerido del hombre - Preguntas 39 a 42
31. Los Diez Mandamientos: Un prefacio de gracia - Preguntas 43 y 44
32. Los Diez Mandamientos: Amor a Dios - Preguntas 45–48
33. Los Diez Mandamientos: Amor al culto de Dios - Preguntas 49–52
34. Los Diez Mandamientos: Amor al nombre de Dios - Preguntas 53–56
35. Los Diez Mandamientos: Un día para el amor sagrado - Preguntas 57–59
36. Los Diez Mandamientos: Amor al día de Dios - Preguntas 60–62
37. Los Diez Mandamientos: Amor dentro de nuestras relaciones - Preguntas 63–66
38. Los Diez Mandamientos: Amor a la vida - Preguntas 67–69

- 39. Los Diez Mandamientos: Amor a la pureza - Preguntas 70–72
- 40. Los Diez Mandamientos: Amor a la porción del Señor - Preguntas 73–75
- 41. Los Diez Mandamientos: Amor a la verdad - Preguntas 76 a 78
- 42. Los Diez Mandamientos: Amor desde adentro - Preguntas 79 a 81
- 43. Comprendiendo nuestro pecado - Preguntas 82 a 84
- 44. Escapando de la ira y maldición de Dios: Fe salvadora - Preguntas 85 y 86
- 45. Escapando de la ira y maldición de Dios: Arrepentimiento para la vida - Pregunta 87
- 46. Escapando de la ira y maldición de Dios: Medios de gracia - Pregunta 88
- 47. Medios de gracia: La Palabra de Dios - Preguntas 89 y 90**
- 48. Medios de gracia: Los sacramentos - Preguntas 91 a 93
- 49. Medios de gracia: El bautismo cristiano - Preguntas 94 y 95
- 50. Medios de gracia: La Cena del Señor - Pregunta 96
- 51. Medios de gracia: Recibiendo la Cena del Señor - Pregunta 97
- 52. Medios de gracia: La oración - Preguntas 98 y 99
- 53. La Oración del Señor: El prefacio - Pregunta 100
- 54. La Oración del Señor: La primera petición - Pregunta 101
- 55. La Oración del Señor: La segunda petición - Pregunta 102
- 56. La Oración del Señor: La tercera petición - Pregunta 103
- 57. La Oración del Señor: La cuarta petición - Pregunta 104
- 58. La Oración del Señor: La quinta petición - Pregunta 105
- 59. La Oración del Señor: La sexta petición - Pregunta 106
- 60. La Oración del Señor: La conclusión - Pregunta 107

47 LECCIÓN

MEDIOS DE GRACIA: LA PALABRA DE DIOS

P. 89. *¿Cómo se hace eficaz la palabra para la salvación?*

R. El Espíritu de Dios hace que la lectura, pero sobre todo la predicación de la palabra, sea un medio eficaz para convencer y convertir a los pecadores, y para edificarlos en santidad y consuelo, mediante la fe para la salvación.

P. 90. *¿Cómo debe leerse y escucharse la palabra para que sea eficaz para la salvación?*

R. Para que la palabra sea eficaz para la salvación, debemos atenderla con diligencia, preparación y oración; recibirla con fe y amor, guardarla en nuestros corazones y practicarla en nuestras vidas.

¿Cuál es el fin principal del hombre? Esta conocida pregunta es la primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster. Con esta pregunta, se nos invita a examinar cuál es nuestro propósito primordial como seres creados por Dios. La respuesta dada, «glorificar a Dios y gozar de él para siempre», es fácil de aprender y, no obstante, contiene una profundidad insondable. Esta pregunta y respuesta son las primeras de las 107 preguntas y respuestas que se encuentran en el Catecismo Menor de Westminster. Este fue redactado por primera vez en 1647 por la Asamblea de Westminster en Londres, Inglaterra, y desde entonces ha sido un tesoro de instrucción centrada en la Biblia, enseñado y aprendido en iglesias y familias de todo el mundo. Aunque originalmente fue escrito para niños, contiene una rica enseñanza para todos, para personas de todas las edades e intelectos. Esperamos que aprendas mucho de estas lecciones sobre el Catecismo Menor de Westminster y que sean una bendición abundante para ti.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 47:

Continuamos nuestro estudio del *Catecismo menor*, y estamos en la sección respecto a cómo escapar de la ira y la maldición de Dios. En particular, nos estamos enfocando en los medios de gracia, aquellas ordenanzas que Cristo ha instituido para transmitirnos, para darnos las bendiciones de la salvación. En esta lección, examinaremos en particular la forma en que Cristo utiliza la Palabra de Dios. Y usaremos dos preguntas para nuestra lección, 89 y 90.

Ahora, como contexto, recuerda una pregunta anterior, la 2, «¿Qué regla ha dado Dios para dirigirnos acerca de cómo glorificarlo y gozar de Él?». Y la Respuesta, la cual recordarás, es, «La

Palabra de Dios, contenida en las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, es la única regla para dirigir cómo podemos glorificarlo y gozar de Él». Bien, este es el contexto, y esto nos ayuda a entender lo que se quiere decir con «la Palabra de Dios». Es dirigirnos a la revelación de Dios mismo tal como nos la ha entregado en las escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento.

Bien, las preguntas ahora son la 89 y la 90.

Pregunta 89: «¿Cómo se hace eficaz la palabra para la salvación?» Ahora recuerda, la palabra «eficaz» significa, que logra su propósito. «El Espíritu de Dios hace que la lectura, pero sobre todo la predicación de la palabra, sea un medio eficaz para convencer y convertir a los pecadores, y para edificarlos en santidad y consuelo, mediante la fe para la salvación».

No estamos tratando algo que sea demasiado difícil, en cuanto a términos o palabras. Y la respuesta está explicando que Dios, el Espíritu Santo hace que la palabra de Dios, en su lectura y predicación, salve a los pecadores. «Convencer» es hacer que uno se dé cuenta y esté de acuerdo. «Convertir» significa hacer que cambie de estar en rebelión contra Dios a ahora confiar en Dios. Y observemos particularmente la siguiente expresión «la lectura, pero sobre todo la predicación de la palabra». Por «lectura», por supuesto, se incluye tanto nuestra lectura personal de la Palabra de Dios, o cuando estamos con otros y ellos la están leyendo, o también, cuando estamos en el culto público y el ministro lee la palabra. El Espíritu usa esto para traer bendiciones salvíficas a su pueblo. Además, el *catecismo* destaca la predicación. observemos, «pero sobre todo la predicación de la palabra». Recuerda que Pablo exhortó a Timoteo, en 2 Timoteo 4:2, a «predicar la palabra». Por eso el ministro debe predicar la Palabra de Dios, porque cuando lo hace con fidelidad y exactitud, la Palabra de Dios llega con claridad al oyente. Y esta predicación de la Palabra de Dios es especialmente usada por Dios para traer salvación. Pablo muestra esto en el capítulo 10 de Romanos. Veamos los versículos 13 y 14, así como el versículo 17, y pueden leer todo el capítulo para verlo con más claridad: «porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique?». Y versículo 17: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Así que, en Romanos 10, Pablo está destacando especialmente la predicación de la palabra, como el medio que Dios utiliza para convertir a las personas. Por lo tanto, recordemos que, es tanto la lectura como la predicación de la Palabra de Dios lo que el Espíritu usa.

La pregunta 90 es: «¿Cómo debe leerse y escucharse la palabra para que sea eficaz para la salvación?». Las palabras «leer» y «escuchar» están delante de nosotros. ¿Cómo debe leerse? ¿Cómo debemos leerla?, y ¿cómo debemos escucharla? ¿Cómo debe oírse?, tanto cuando se lee públicamente como cuando se predica públicamente. «Para que la palabra sea eficaz para la salvación, debemos atenderla con diligencia, preparación y oración; recibirla con fe y amor, guardarla en nuestros corazones y practicarla en nuestras vidas».

La respuesta anterior explicaba que es una obra soberana y llena de gracia del Espíritu salvar a los pecadores mediante la lectura y predicación de su palabra. Esta respuesta explica la manera correcta en que debemos acercarnos y usar la Palabra de Dios. Podemos pensar en estas dos respuestas como verdades gemelas. Cuando el Espíritu bendice su palabra, está haciendo que su pueblo la reciba con fe y amor. Además, es justo que mostremos reverencia ante un regalo tan noble, como lo son las Escrituras. Y para ello, debemos prepararnos y procurar que nuestra vida cambie con ella.

Profundicemos en esto, analizando tres puntos. Primero, *la causa de la bendición por la Palabra de Dios*; segundo, *el efecto de la bendición por la Palabra de Dios*; y tercero, *la búsqueda de la bendición por la Palabra de Dios*.

1. La causa de la bendición por la Palabra de Dios

Como primer punto, *la causa de la bendición por la Palabra de Dios*. La Palabra de Dios en sí misma tiene un valor inconmensurable. Es la palabra misma de Dios. Sin embargo, tal es la maldad, la ceguera y la corrupción del hombre, que sólo la lectura de la Palabra de Dios no nos bendecirá. Nos resistimos a ella. Buscamos hacerla a un lado, o seguirla hasta cierto punto, pero no continuar hasta el final con la Palabra de Dios. Las Escrituras nos muestran esto en muchos lugares. Puedes pensar, por ejemplo, en lo que se dice del ministerio de Cristo a los judíos, en Juan, capítulo 1, y versículo 11: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron». ¡Qué declaración tan impactante! Cristo vino y predicó la verdad, y sin embargo su propio pueblo del pacto se resistió a ella, la rechazaron.

Entonces, ¿cómo será que alguien, alguna vez será bendecido por la lectura y la predicación de la Palabra de Dios? Y la respuesta ante nosotros es, por la obra soberana y misericordiosa del Espíritu de Dios. No es la sabiduría del hombre, en el predicador. No es la sabiduría del hombre, en el oyente. Es el poder misericordioso de Dios, del Espíritu. Pablo expresa esto en su primera epístola a los Tesalonicenses, capítulo 1, versículos 5 y 6. Escribe: «pues nuestro evangelio no llegó a vosotros en palabras solamente, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en plena certidumbre, como bien sabéis cuáles fuimos entre vosotros por amor de vosotros. Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo». Notemos, esto no vino por la Palabra solamente (la predicación y la lectura), sino en poder, y por el Espíritu Santo. Así es como los pecadores son convertidos. La palabra es el instrumento que el Espíritu usa, pero el Espíritu debe estar obrando usándola, o los hombres permanecen muertos en sus pecados.

Ahora bien, esto no sólo es cierto para los inconversos. El creyente también necesita que el Espíritu de Dios bendiga la Palabra de Dios en su vida. Así que, una vez que alguien se convierte, por la gracia de Dios, si alguna vez ese alguien debe beneficiarse y crecer por la lectura o predicación de la palabra, está en la necesidad de que el Espíritu esté obrando por la misma palabra. Podemos ver esto en la oración de Pablo registrada en Efesios 1, versículo 15 al 18: «Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos», etcétera. Veamos, Pablo está escribiendo a aquellos en Éfeso que creyeron en Cristo. El Espíritu ya los había llevado a creer en Cristo. Y, sin embargo, Pablo no dijo: «Bueno, ahora están bien; tienen la Palabra de Dios». Sino que, no dejó de orar por ellos, para que ¿qué sucediera? Que Dios, por su Espíritu, abriera más sus mentes, y por esa causa los hiciera recibir la verdad. Así que lo que vemos es que, la bendición de la Palabra de Dios es causada por la gracia de Dios. En vista de que el Espíritu obra poderosamente para dar

entendimiento y fe para recibir la verdad, que bendita verdad es que Dios nos conceda este gran regalo.

2. *El efecto de la bendición por la Palabra de Dios*

Para nuestro segundo punto, pasamos de la causa, a mirar *el efecto de la bendición por la Palabra*. ¿Qué sucede cuando el Espíritu usa la Palabra de Dios eficazmente en la vida de alguien? Bueno, el catecismo nos dirige en los aspectos principales. Hacia los pecadores inconversos, el Espíritu los convence y los convierte. Ser convencido significa que son llevados a estar de acuerdo con Él, y ser persuadidos por su verdad.

Notemos, es una obra especial del Espíritu usar la Palabra para este propósito. Cristo habló del ministerio del Espíritu, en Juan 16, versículos 7 al 11. Él dijo: «Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado». Cristo está diciéndole a los apóstoles, mientras los prepara para su ascensión, que les va a proporcionar una gran ayuda: otro Consolador; otro que esté junto a ellos. Es el Espíritu de verdad, como sigue diciendo en este capítulo. Pues bien, es el Espíritu de Dios quien reprende y convence. Utiliza el ministerio de los apóstoles y sus escritos, la Palabra de Dios, pero es el Espíritu quien produce la convicción y la conversión. Hemos dicho esto antes, en 1 Tesalonicenses. No fue sólo la palabra, sino la palabra por el Espíritu lo que convirtió a los tesalonicenses. Y aquí, Cristo nos está mostrando por qué, porque el Espíritu, cuando usa la palabra, convence, reprende, y persuade de la verdad de estas cosas fundamentales. Así que, es el Espíritu quien usa la palabra. Y cuando usa la palabra con poder, ¿qué hace? Trae convicción.

Se nos dice en el Salmo 19:7, de la Palabra de Dios, que «es perfecta, que convierte el alma». Qué bendición es esta, que el Espíritu usa la palabra. Pablo dijo, en Romanos 10, como leímos, «la fe es por el oír». ¿Oír qué? «La Palabra de Dios». Por lo tanto, la conversión es un efecto del uso que el Espíritu hace de la Biblia. Entonces, cuando la Biblia es leída y predicada, y el Espíritu obra en el inconverso, Él lo está convenciendo de la verdad de la Palabra de Dios. Pero también está moviendo a ese inconverso a ser convertido y sujetarse a esa palabra. Esta es la poderosa obra de Dios. Como se mencionó en Romanos 10: «la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios». Este es un punto importante, porque Pablo, en el contexto, está hablando acerca de la predicación. Eso lo vimos antes, que debe haber un predicador que vaya y predique. Y Pablo está diciendo, es la predicación lo que particularmente ama usar el Espíritu para dar fe. Y así, cuando la predicación fluye, y el Espíritu la bendice, Él bendice a los inconversos con el don de la fe, como dice Pablo, en Efesios 2:8, «Porque por gracia sois salvos por medio de la fe». Y luego continúa diciendo, esto no lo logran ustedes, no es obra de ustedes, no procede de sus esfuerzos. Más bien, «por gracia sois salvos por medio de la fe».

Bueno, ¿qué pasa con los que han creído? ¿Cuáles son los efectos del uso de la palabra por el Espíritu de Dios para ellos? Para los que han creído, el Espíritu usa la palabra para edificarlos, como dice el *catecismo*, «en santidad y consuelo». Ser «edificado en santidad» es ser santificado. Ser «edificado en consuelo» es obtener seguridad. Ahora, hay muchos pasajes que hablan de esto,

pero si miramos a Juan 17:17, veremos a Cristo orando, y mientras oraba, incluyó esta petición muy hermosa: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad». Así que, Cristo le está pidiendo al Padre esta gran bendición para su pueblo. ¿Y cómo es que el Padre llevaría a cabo esta santificación, purificación, y edificación de ellos en santidad y consuelo? Es por la Palabra de Dios. Entonces, cuando Dios bendice la palabra por el ministerio de su Espíritu, su pueblo es santificado. Recordaras la oración de Pablo en Efesios, que él estaba orando para que los ojos de su entendimiento fueran abiertos, que ellos conocieran la voluntad de Dios, y las riquezas de consuelo que son tuyas en Cristo. Y así, cuando Dios está bendiciendo su palabra por el Espíritu para su pueblo, ellos serán convencidos de pecado, serán humillados, y se arrepentirán, y buscarán más gracia de Cristo. Y mientras se alimentan de Cristo por la fe, cuando el Espíritu está usando la palabra, crecerán en santidad. Y de la misma manera, a medida que sean atraídos a Cristo, por el poder del Espíritu usando la palabra, ellos crecerán en consolación. Por lo tanto, el Señor los está nutriendo, madurando, desarrollando, santificando y consolando. ¡Que bendición! Y si tú y yo alguna vez queremos ser santificados, o grandemente consolados, necesitamos esta obra del Espíritu a través de la palabra.

3. La búsqueda de la bendición por la Palabra de Dios

Como tercer punto, *la búsqueda de la bendición por la palabra*. Necesitamos pensar en qué bendito don es que Dios nos haya dado su palabra. Hay muchas personas en este mundo que no tienen la Biblia. Tal vez estés accediendo a esta lección y no tengas un ejemplar de la Biblia. Quizás estés escuchando esta lección, y se están citando y presentando pasajes de la Biblia, y te estás preguntando: «¡Oh, si pudiera leer más de la Biblia!». Mucha gente tiene la Biblia, y los que la tienen a menudo no la atesoran como deberían. Necesitamos ver qué precioso regalo es para nosotros la Biblia. Leemos en el Salmo 12, y versículo 6, «Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en horno de tierra, purificada siete veces». Qué bendita es, qué pura es, la palabra de Dios. Pablo escribió a Timoteo, en 2 Timoteo 3, en el verso 15, «y que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús». En sí misma, la Biblia es perfecta y pura. Y por la forma en que Dios la usa, sólo ella es capaz de conducirnos a la fe en Cristo Jesús. En última instancia, vemos su valor trascendental. Es un libro como ningún otro libro. Oh, tiene sus palabras, sus oraciones, sus sujetos y objetos, sus verbos y adjetivos, y partes del discurso; registra la historia; da promesas y profecías. Pero no hay otro libro como la Biblia, porque sólo la Biblia puede hacernos sabios para la salvación que es por la fe en Cristo Jesús.

Esto se debe a lo que es la Biblia. Pablo escribe al respecto en 2 Timoteo 3:16: «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia». Toda la Escritura es inspirada por Dios. Es exhalada por Dios. La Biblia es la Palabra de Dios. Así como tú y yo hablamos, y formamos palabras para que otros oigan, por nuestra respiración y formación de sonidos propios en nuestras palabras, la Biblia contiene las palabras mismas del Dios vivo y verdadero. No hay otro libro como este libro.

Puesto que sólo esta es la verdadera, inerrante y perfecta Palabra de Dios, y puesto que sólo esta es capaz de hacernos sabios para la salvación, debemos usarla de manera diferente a otros libros. Oh, debemos leer otros libros cuidadosamente. Pero este libro es de naturaleza especial,

porque es la Palabra de Dios. No quiero decir que debemos ser supersticiosos e inventar ceremonias con respecto a la Palabra de Dios. Tampoco quiero decir que no debemos acercarnos a ella con diligencia para comprenderla en nuestra lectura. Simplemente quiero decir que como es la Palabra de Dios, siempre que la leamos, siempre que escuchemos su lectura, siempre que se predique la Palabra de Dios, debemos acercarnos a ella por lo que es, es la Palabra de Dios. Piensa en cómo algunos hombres y mujeres de este mundo nos hacen escucharlos con más atención si tienen que hablar: tal vez un gobernante de tu localidad, o algún dignatario de una nación extranjera. Debido a su cargo, los escuchamos con más atención. Un profesor, o tal vez el director de una escuela, nos harían prestar atención. Entonces, ¿quién mejor para hacernos prestar atención que Dios mismo? Y siempre que se lee la Palabra de Dios, y siempre que se predica fielmente, es Dios quien está hablando.

Por eso, el *catecismo* nos indica las siguientes formas en que debemos usar la Palabra de Dios. Al usarla de la manera indicada, y bendecida bondadosamente por Dios para nosotros, disfrutamos de las valiosas bendiciones que Cristo ha comprado para su pueblo.

Primero, observa que debemos acercarnos a ella correctamente. Esto es lo que la respuesta a la pregunta 90 quiere transmitir cuando dice, que cuando la leamos, debemos «atenderla». Es decir, cuando pensamos en la palabra «atender», a veces pensamos simplemente en «estar presentes». Si atendemos la invitación a una cena, por ejemplo, estamos presentes en dicha comida. Pero la palabra utilizada en el catecismo proviene de una que significa dirigir o esforzarnos. Tiene una relación con el uso que hacemos de la palabra «atento». Si estamos atentos, estamos concentrados y observando algo con diligencia.

Entonces, ¿cómo debemos atender la lectura y predicación de la Palabra de Dios? ¿Cómo debemos acercarnos o concentrarnos en la Palabra de Dios? Veamos, «con diligencia, preparación y oración». Ser diligente es estar entusiasmado, comprometido y activo en un trabajo. Acercarse a la Palabra de Dios con diligencia entonces significa que debemos estar entusiasmados, comprometidos y activos en leer y escuchar. A veces la gente piensa en el sermón como si ese fuera el momento en que el predicador está activo en la adoración, y la gente no lo estuviera. Sin embargo, ¡qué equivocado entendimiento de lo que está ocurriendo! Cuando el predicador está predicando, los oyentes deben estar activos, entusiastamente comprometidos para entender y discernir la verdad.

Bien, adicionalmente debemos acercarnos con preparación. Esta preparación es doble: externa e interna. Exteriormente, debemos prepararnos, dejando a un lado las distracciones. La lectura privada requiere que reservemos tiempo. No nos acercamos a la Palabra de Dios al azar. Nos preparamos; tenemos un plan general, un tiempo, un lugar, una porción para leer. Ahora bien, no necesitamos ser tan estrictos en esto que no podamos adaptarnos cuando sea necesario. Por ejemplo, si acostumbramos leer a primera hora de la mañana en nuestro escritorio o en un banco, habrá ocasiones en las que estemos fuera de casa, por lo que no podremos leer en nuestro lugar habitual. O si estamos leyendo un libro en especial de la Biblia, tal vez surja algo en nuestra familia, y durante unos días sea conveniente centrarnos en otra parte de la Biblia. La cuestión es que no nos acerquemos a la Palabra de Dios descuidadamente. Del mismo modo, cuando vamos a la iglesia, apartamos las distracciones para poder centrarnos en la lectura y la predicación de la Palabra de Dios entre los demás elementos del culto. No nos acercamos a ella descuidadamente o de manera ligera.

Pero no es algo meramente exterior. Hay un acto interior, de preparación espiritual. Primera de Pedro 2, versículos 1 y 2, Pedro escribe: «Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis». Pedro nos llama a prepararnos dejando a un lado los pecados, malicia, engaño, etc. Esta es una preparación por medio de arrepentimiento. Si vamos a alimentarnos de la leche pura de la Palabra de Dios, debemos apartarnos del veneno amargo del pecado y del mundo. Esto es prepararse.

Acercarse a la Palabra de Dios con oración es confesar que necesitamos que Dios nos ayude a entender. Necesitamos que bendiga su palabra para nosotros. El Salmo 119 está lleno de este tipo de peticiones. Como ejemplo, y te animo a encontrar otros, observemos en el Salmo 119, versículo 18: «Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley». Así es como debemos enfocar tanto nuestra lectura personal y familiar de la Palabra de Dios, y al escuchar su lectura y predicación en el culto público. Si hemos de disfrutar de alguna bendición, debe ser en función de la ayuda misericordiosa de Dios. Así que, sin duda, debemos orar.

Observemos también lo que debemos hacer cuando la leemos o la escuchamos siendo predicada: debemos «recibirla con fe y amor». Bueno, recibirla con fe y amor nos lleva a guardarla en nuestros corazones y practicarla en nuestras vidas. Recibirla con fe significa que la creemos. No sólo lo entendemos. Necesitamos entenderla, nuestras mentes deben estar activas, pero debemos confiando en ella, los mandamientos, debemos decir, sí, estos son verdaderos, vamos a sujetarnos a ellos; las promesas, sí, estas son verdaderas, vamos a abrazarlas, y vamos a atesorarlas. Así que, estamos escuchando voluntariamente; estamos escuchando con deseo; y creyendo lo que estamos escuchando. Por lo tanto, cuando tenemos esta fe y amor (cuando es leída y la escuchamos siendo predicada), sabemos que no hay otro libro con el que podamos experimentar esto: que de principio a fin podamos decir: «todo lo que aquí se declara, lo creeré, y es bueno amarlo».

Bien, cuando esto sucede, nos lleva a guardarlo en nuestros corazones, y practicarlo en nuestras vidas. Guardarlo en nuestros corazones es meditar y atesorar la Palabra de Dios. Es como cuando tomamos algún dulce, y lo guardamos en nuestra boca por el placer que nos trae. Cuando la Palabra de Dios entra en nuestro corazón, decimos: «Quiero que se quede allí». El Salmo 119:11 dice: «En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti». Ciertamente, debemos entender la Biblia con nuestras mentes, sin embargo, esto tiene un propósito más profundo: que es penetrar en nuestros corazones, de manera que lo que amemos y en lo que nos deleitemos, ahora sea amar y deleitarnos en Cristo. Meditamos en la palabra, y esta alimenta nuestras almas.

Practicarla en nuestras vidas significa que creemos sus promesas, obedecemos sus mandamientos. No nos limitamos a leer o escuchar la Palabra de Dios para estar informados. Eso es cierto, pero estamos siendo informados para (por la gracia de Dios, mediante la bendición del Espíritu) ser transformados; para ser cambiados, para ser salvados, para ser santificados, para que podamos glorificar y gozar de Dios.

Bien, si tienes acceso a la Biblia, considera qué bendición invaluable tienes: la misma Palabra de Dios. ¡Oh, cómo debe ser leída regularmente, orada, meditada, y estudiada! Y cuando vayas a la iglesia, oh, con cuánto entusiasmo debes escuchar la Palabra leída y predicada, y con anticipación, anhelando y orando: «Oh Dios, bendice la lectura y la predicación, para que mi alma conozca la obra eficaz del Espíritu entregándome a Cristo». Como puedes ver, esto cambia

la forma en que nos preparamos. Cambia nuestra manera de leer. Ahora, con anticipación y anhelo, no sólo quiero entender. Sí quiero entender, pero con ese entendimiento, anhelo ser transformado. Si soy inconverso, «¡Oh Dios, conviérteme!». Si soy converso, «¡Oh Dios, santifícame, instrúyeme, guíame!»

Y así, mientras lees la Palabra de Dios, reconoce, necesitas el Espíritu de Dios para abrir y aplicar este tesoro a ti. Puedes ser capaz de leerla, puedes ser capaz de entender los puntos principales, pero nunca disfrutarás de las verdaderas riquezas de ella sin la obra soberana y misericordiosa del Espíritu. Esto significa que, al leerla y escuchar, necesitamos ver cuán dependientes somos de Dios, del Espíritu Santo, y, por lo tanto, debemos clamar a Él, depender de Él, y decidir que cuando hay un mandamiento, lo obedeceremos. Cuando hay una promesa dada, por la gracia de Dios, la creemos. Cuando se nos cuenta un relato histórico, reconoceremos que es verdad. Nos preparamos, para, por la bendición de Dios, recibir, para que luego, por su obra, lo glorifiquemos y disfrutemos. Oh, atesora la Palabra de Dios, lee la Palabra de Dios, escucha la Palabra de Dios, oye una buena predicación. Y al hacerlo, que Dios, por su Espíritu, te bendiga para que conozcas mejor las riquezas de la gracia por medio de Jesucristo.

Palabras de cierre

Gracias por ver esta conferencia sobre el Catecismo Menor de Westminster. Confiamos en que hayas aprendido mucho de la instrucción proporcionada. Únete a nosotros en oración para que estas conferencias sean una bendición abundante para personas en todo el mundo.